

## Consistorio para la canonización de San Pedro de Alcántara (Roma, 28 de abril de 1669)

Descubrir un libro raro e interesante que además arrastra varios siglos de antigüedad se puede considerar no sólo una suerte, sino además una fortuna, porque el valor de su contenido lo incrementa la antigüedad.

No sé si alguien habrá destacado en este mes de abril del año jubilar alcantarino una fecha importante y trascendental de la historia de nuestro coterráneo fray Pedro de Alcántara.

El día 28 de abril se cumplen los trescientos treinta años de su elevación a los altares, juntamente con santa María Magdalena de Pazzis, por el papa Clemente IX.

Fue el domingo *in albis*, 28 de abril de 1669. Pero la Bula tardó en salir más de un año. Está fechada el 11 de mayo de 1670.

Domingo Cappello tuvo la feliz idea de resumir los procesos que llegaron a la Sagrada Congregación de Ritos con una detallada crónica de la solemne ceremonia de la canonización de ambos nuevos santos...

Y se dio más prisa que los responsables de las bulas. Porque el mismo año 1669, salió a la luz un volumen de casi cuatrocientas páginas, denso en contenido histórico, avalado por el alto dicasterio pontificio, y el Vicegerente y Maestro de los Palacios Vaticanos.

Todas las noticias que nos brinda son oficiales. Muchas de ellas posteriores a los diversos procesos previos para las canonizaciones.

Gran parte de estas noticias parecen desconocidas por los biógrafos actuales de san Pedro.

En los modernos autores, considerados como autoridad en la materia, no he hallado cita alguna de este volumen que el autor titula *Acta canonizationis sanctorum Petri de Alcántara et Mariae Magdalense de Pazzis*.

El compendio de la vida de san Pedro, tomado de los datos de los procesos, ocupa unas setenta y seis páginas. Fue leído por el arzobispo tartense.

Contiene también cada una de las preces o peticiones que hicieron al Pontífice los cardenales y demás jerarcas y dignatarios eclesiásticos seguidas de las de príncipes, reyes y emperadores.

Aparece el texto íntegro de los votos y preces de 34 cardenales, 3 patriarcas, 11 arzobispos, 33 obispos y 22 metropolitans (= 83).

Cada una es un poema en honor de san Pedro. Y ocupan 44 páginas, no obstante la brevedad de cada una. Condensan verdadera riqueza de conceptos, belleza de frases, motivos que ensalzan a nuestro santo.

Describen con detalles mínimos el acto litúrgico de aquella solemne ceremonia presidida por el sumo pontífice Clemente IX. Personas participantes, recorrido de la procesión, intervención de la orquesta y cantores hasta los cirios que se encendieron.

Cada una de las preces con que los cardenales presentes demandan al Papa la canonización del beato Pedro de Alcántara constituye una verdadero elogio poemático que canta y ensalza las virtudes, heroísmos y milagros del beato.

La rica colección de todos ellos forma una bella antología de hechos históricos, de piropos y honores para el santo extremeño, campeón de la austeridad, gigante de la contemplación y monumento de humildad.

Nos hace pensar que a fray Pedro se le escapaban los milagros de las manos y de los labios.

Presumo que nadie ha traducido al romance este florilegio de conceptos y espirituales bellezas que forman una brillante corona que aureola al humilde reformador fray Pedro de Alcántara y lo eleva a una

cima de santidad y gloria tan excelsa que muy reducido número de santos han merecido y logrado.

Este concierto armonioso que forman las súplicas elogiosas de tantos cardenales rogándole al Pontífice que reconozcan y declaren las virtudes heroicas que lo incluyan en el Catálogo de los canonizados, es un testimonio patente de la fama ya entonces difundida por todas partes y el impacto que había producido no sólo en las mentes de los purpurados y príncipes de la Iglesia, sino también en los altos dicasterios de la Iglesia católica.

Un catálogo completo de todos los elogios de tantos dignatarios de la Iglesia, podía resultar monótono, a pesar de su elegancia y hermosura.

Mas para la historia brindan un maravilloso testimonio del elevado juicio que la vida, obra, virtudes y milagros del alcantarino merecieron a los eminentísimos purpurados, así como a los arzobispos, obispos y metropolitans que estuvieron presentes y emitieron sus votos favorables.

Esta solemnísima ceremonia que tuvo lugar el día 28 de abril de 1669, domingo inmediato al de Pascua de Resurrección, se celebró en un Consistorio semipública en el palacio Vaticano. Lo presidió el pontífice Clemente IX acompañado del máximo cortejo papal.

El cronista subraya que quiso dar el mayor esplendor a este Consistorio semipúblico al que asistió con todos los honores reales, la «agustínísima reina de Suecia, milagro del Orbe, brillantísima heroína del siglo e inmortal decoro y ornamento de la Iglesia católica» (p. 139).

El aula está ornamentada con preciosos tapices del genial Rafael de Urbino.

El Sumo Pontífice saludó a la magna asamblea y justificó tanta solemnidad con estas palabras del sagrado libro del Eclesiástico: «Es justo alabar a los varones gloriosos (44-1) cuya memoria es bendita» (46-14).

Luego, Clemente IX invocó el auxilio del cielo, confesó que le abrumaba el peso de su cargo, reconoció la responsabilidad que sus sucesores le reservaron, como la peculiar y antigua devoción que profesaba al gran santo alcantarino, nuestro coterráneo.

Destacó su austeridad de vida, los ayunos, la inocencia y candor de su espíritu, el volcán de amor divino que tantas veces lo arrebató hacia la altísima contemplación y los milagros que por él realizó la Omnipotencia divina.

Reveló que se había preparado en el próximo pasado «tiempo aceptable», de la Cuaresma para este momento de tanta gloria de Dios y edificación de la Iglesia.

Concluida la breve alocución papal, inquirió las opiniones o votos del Consistorio cediendo la palabra el eminentísimo cardenal Barberino, don Francisco, obispo de Ostia. Quien dijo solemnemente: «Todos pregonan la dicha de la feliz España que engendró este insigne Varón el beato Pedro de Alcántara, en estos últimos tiempos admiración del Orbe, por su extraordinaria austeridad y por su caridad convertido en otro Francisco, creador de una nueva disciplina sembrada no sólo en España, sino más allá de los mares y hasta los confines del mundo para gloria de Dios» (p. 142).

Seguidamente el eminentísimo cardenal Ginetto, don Macio, obispo portuense, emitió su voto diciendo entre otros conceptos los siguientes: «Pedro de Alcántara, nacido en los extremos de Esperia, en quien refulgen todas las virtudes de san Francisco, la pobreza desnuda, la pureza angélica, la renuncia a todas las cosas, la penitencia rigurosísima y ardentísimo amor a Dios y al prójimo, me parece que es justo que se le rinda culto y veneración decretados por la Autoridad apostólica» (p. 143).

Pasó el turno al cardenal Erancacio, don Francisco María, obispo tusculano, admiró la santidad de fray Pedro de Alcántara «al que los caminos líquidos se le tornaban sólidos en el Tajo para cruzarlo con seguridad» (p. 143).

También se sumó con voto afirmativo el cardenal Carpineo, don Valderico, obispo albanense. Y subrayó cómo Pedro de Alcántara «vivió entre los mortales como los espíritus inmortales... Conoció el sumo bien y conociéndolo lo amó y amándolo lo gozó» (p. 144).

Para el cardenal Gabriello, don Julio, obispo sabinense, «le entusiasmó que la fecunda España engendrara a fray Pedro quien floreció entre tanta penitencia y rigor como admirable fue su amor de caridad... Mientras ardía en amor divino castigaba sus miembros en la angosta calda para con dulces lágrimas suavizar el ardor de su corazón» (p. 145).

El cardenal Ursyno, don Virgino, del título de S. Lorenzo in Lucina, presbítero, emite su voto favorable destacando en fray Pedro, entre otras «la virtud de la humildad que brilla con esplendor, vil a los ojos del

mundo y sublime para el cielo. Éste fue su gran vestido nupcial para sentarse al celeste banquete» (p. 145).

El cardenal presbítero Faquenetto, don César, del título de los Santos cuatro Coronados, elogió más ampliamente las virtudes del alcantariño afirmando que «entre los mortales vivió con admirables signos de claridad y singular prestancia de sus virtudes, como luminaria del cielo para toda la Iglesia. Llenó el mundo de admiración con los múltiples prodigios de integridad, fortaleza, fe y santidad al cruzar con los pies secos la procesola corriente del Tajo» (p. 146).

Lacónico y preciso el cardenal presbítero Sforza, don Federico, del título de S. Pedro Ad Víncula, admirable y abala los portentos de la vida del austero fray Pedro con estos conceptos: «Merece el honor del cielo quien vivió entre los mortales una vida celestial... con las fuerzas de su virtud solidificó al dorado Tajo... suspendió la caída argentina de la nieve quedando en forma de templo o dosel» (p. 147).

El cardenal presbítero Raggio, don Lorenzo, del título de S. Quirico y Sta. Julia, exalta sus méritos afirmando que, «si alguna vez la Cristiandad necesita patrocinio de quien haga fuerza con sus lágrimas y aleje los enemigos de nuestra religión, ninguno tan oportuno y eficaz como fray Pedro de Alcántara, insigne en virtudes y milagros, despreciador de las cosas del mundo y acérrimo restaurador de la voluntad divina» (p. 148).

El cardenal presbítero Nomodeus, don Luis, del título de S. Alejo, pondera la fecundidad de sus méritos y virtudes comparándole con el astro rey: «Llenar el cielo de estrellas es uno de los oficios del sol, como el tuyo, fray Pedro, de llenar la Ciudad de Dios con trescientos conventos que son trescientos seminarios de santos, a fuerza de castigar diariamente tus carnes con dura penitencia, ayunos, cilicios y flagelos crueles» (pp. 148-49).

El cardenal presbítero Otthobono, don Pedro, del título de S. Marcos, recoge el testimonio de nuestra compatriota santa Teresa de Jesús y afirma que «la celestial virgen del Carmelo, hoy Doctora de la Iglesia, conoció, en sus íntimos coloquios espirituales, la gran virtud del santo varón, fray Pedro de Alcántara, los martirios de sus carnes, la experiencia de las cosas divinas, y la llama que ardía en su pecho exhalando brotes de cielo. Lo vio muchas veces arrebatado como sin sentido, elevado de la tierra y caminar por el aire. Y, al morir, vio su alma gozosísima volar al seno de la luz» (p. 149).

El cardenal presbítero Imperial, don Lorenzo, del título de S. Grisógino, elogió los frutos de su virtud afirmando que «el beato Pedro de Alcántara resplandeció por su extraordinario celo religioso y observancia, por su caridad íntegra, su invicta paciencia, por la singularidad aspe-  
reza de su vida y santidad, como en otras virtudes heroicas, piedad insigni-  
na, fe, esperanza y caridad, comprobadas con muchos milagros de Dios. Por la intercesión de Pedro 'los ciegos ven, los cojos andan, los enfer-  
mos quedan sanos. Las aguas fluviales se convierten en un puente para sostener sus pies, y los palos secos se convierten en árboles verdes'. Por lo que podemos decir con santa Teresa: 'Éste es el que despreció la vida del mundo, llegó a los reinos celestiales y se encuentra en el número de los santos'...» (p. 150).

El cardenal presbítero Borromeo, don Gibero, del título de S. Juan y S. Pablo, pondera las elevadas virtudes del beato Pedro de Alcántara como de «un alma del cielo por su ejemplaridad en la disciplina religio-  
sa, su afán de perfeccionar las órdenes monásticas devolviendo la rigi-  
dez primitiva. Su espíritu de tantos modos probado, a pesar de las glo-  
riosas obras realizadas, se estimó siempre humilde con desprecio de todo lo terreno, extremado penitente, alcanzó la inmortalidad gloriosa que confirmó la beata Teresa de Jesús quien lo conoció cuando, sin dejar el mundo, ya hacía vida celestial. La mano del Señor que hace cosas admirables por sus santos, lo ha elegido para inscribirle con brillantez en el catálogo de los bienaventurados» (p. 151).

El cardenal presbítero de Santa Cruz, don Marcelo, de S. Esteban in Monte Coelio, confía en el criterio del Pontífice «para promover el beato Pedro de Alcántara y contarlo entre los atletas y héroes de la virtud, por-  
que es justo que quien tanto sembró entre lágrimas, coseche con excul-  
tación el culto de la veneración. El mundo busca con avidez los place-  
res y desprecia la virtud. El beato Pedro ha despertado el amor a la santidad con su inocencia, limpieza y austeridad llevando a muchos por este camino santificador de la salvación. Y despertó a los príncipes y a los pueblos, para que, emulando a los mártires e imitando la piedad de los primeros cristianos, merezcan masivamente la gloria del cielo y la bendición de la Iglesia» (p. 152).

El cardenal presbítero Espada, don Juan Bautista, del título de S. Marcelo. Nos hace observar que «este fray Pedro no mereció, como el Apóstol, ser corregido con esta frase de Jesús: 'Hombre de poca fe, ¿por

qué dudas?' cuando temió hundirse en el mar. Porque confió en Dios, sin miedo ni vacilación, pisó las olas con intrepidez. Y las aguas se sintieron orgullosas de besar las plantas del siervo de Dios; y las lluvias se tornaron manto de nieve para adornarlo como aureola de gloria» (pp. 152-53).

El cardenal presbítero Albicio, don Francisco, del título de Sta. María in Via (o Camino) confiesa que «el beato Pedro de Alcántara superó al Príncipe de los Apóstoles en la heroicidad de las virtudes. Aquel dejó las redes para seguir a Cristo, éste le siguió por amor. Aquel pisó las olas vacilantes, este pasó los ríos pisando fuerte con fe. Aquel negó a Cristo, éste le confesó con imitación sublime» (p. 153).

El cardenal presbítero Pío, don Carlos, del título de Sta. Prisca, afirma que «desde el principio hasta el fin de su vida fray Pedro hizo brillar su virtud heroica y sus portentos milagrosos. La altísima contemplación le empujó a vivir más en el cielo que en la tierra. Tan enorme cúmulo de virtudes atesoraba su pecho que no cabían y corría a vaciarlas en los conventos. Sus enseñanzas y ejemplos llegaron a toda España, a Europa y al Nuevo Mundo, unos 500 conventos» (p. 154).

El cardenal presbítero Dualterio, don Carlos, del título de S. Eusebio, escribe: «Con incontables milagros pregonó sus virtudes: un marchito de carga con pan llegó oportuno para saciar el hambre que devoraba a sus hermanos los frailes del Palancar. Otro saltó al río pisando sus aguas heladas y no humedecieron sus plantas. Increpó a un jumento, y lo llamó para cruzar el río, sin mojarse, a fin de llegar a tiempo a su convento» (p. 155).

El cardenal presbítero Chisio, don Flavio, del título de Sta. María del Pueblo, calificó de «superlativa la austeridad del beato Pedro, áspero su vestido, y más áspera su comida, su penitencia. Pero en el cielo mereció torrentes de gloria y placer divinos» (p. 156).

El cardenal presbítero Ilcio, don Escipión, del título de Sta. Sabina afirma que «el beato Pedro alcanzó una santidad de candelero, ejemplar admirable en la humildad y todas las virtudes, que refulge en toda la Iglesia. Crucificó su carne para saborear las cosas de arriba, vistió cilicio para arder en fuego celestial» (p. 157).

El cardenal Vidono, don Pedro, del título de S. Calixto, reconoce que «el bienaventurado fray Pedro de Alcántara, naciendo donde muere el sol sublimó el nacimiento de una vida luminosa en la madre España

viviendo más en el cielo que en la tierra. Con su austeridad declaró la guerra al demonio y al mundo para alcanzar el gran triunfo de sus trabajos, ayunos y rigores. Torturando sus carnes inocentes se hizo agradable víctima ante el señor» (p. 157).

El cardenal también presbítero Bonello, don Carlos, del título de Sta. Anastasia, compara a fray Pedro de Alcántara con S. Francisco por «su humildad, pobreza y contemplación, por el fuego de su caridad y penitencia, hasta llegar a sentir el delicioso placer de la crucifixión de su cuerpo» (p. 158).

El cardenal presbítero Picolomineo, don Celio, del título de S. Pedro in Monte Aureo, se admiraba del «atroz combate y cruelísima lucha del bienaventurado fray Pedro de Alcántara contra su carne y sentidos. Y fue tan sublime lo que mereció ante el Señor, que confesó el beato Pedro que se sentía abrumado, oprimido con el peso de tanta gloria. Y le parecieron leves los ayunos, vigiliias, el hambre, la sed, el frío, la desnudez, y dulce el cilicio y las cadenas de hierro» (p. 159).

El cardenal presbítero Calucio Alberonio, don Palucio, del título de los Santos Apóstoles, confiesa, asombrado, que «el alcantarino siguió las huellas del Príncipe de los Apóstoles pisando las olas, pero con más firmeza, sin vacilación, con mucha fe y caridad. Y con las alas del viento subió muchas veces a las envidiables alturas de la contemplación deliciosa» (p. 160).

El cardenal presbítero Raspono, don César, del título de San Juan ante portam latinam, reconoce que «el bienaventurado Pedro de Alcántara es luz esplendorosa de la familia franciscana que ilumina el camino de cuantos viven en la casa de Dios. Es además gloria y decoro de la Iglesia» (p. 161).

El cardenal presbítero Ninio, don Jacobo, del título de Sta. María de la Paz, afirma que «si el apóstol Pedro fue el fundamento de la Iglesia, fray Pedro de Alcántara lo fue de la familia franciscana, cuando éste parecía haber perdido la primera excelstitud lograda con S. Francisco. Y pudo recuperarla gracias a su espíritu, su ejemplo, su trabajo, su vida y su obra» (p. 162).

El cardenal presbítero Vicecomes, don Vitaliano, del título de Sta. Inés, reitera la idea precedente afirmando que «fray Pedro fue el gran restaurador de la disciplina, porque el edificio se agrietaba, en la familia francisca-

na. Con su amor a Dios y al prójimo fue nitidísimo ejemplo de humildad, sacrificado esfuerzo. Tanto los bienes como los males, los honores como las afrentas, los abrazó siempre con igual serenidad, paciencia y fervor divino. Tanta santidad y en grado tan heroico, merece la gloria de los altares» (p. 163).

Cardenal presbítero Rospigliosio, don Jacobo, del título de S. Sixto: «Nada tan oportuno en nuestro tiempo como brindar a la imitación de los cristianos, el modelo de eximia santidad, beato Pedro de Alcántara, acreditada con tantos y tan admirados milagros reconocidos y admirados por todo el pueblo cristiano. Porque es necesario luchar contra el enorme enemigo que nos ataca con nuevo estilo de milicia, con nuevas armas, y con la poderosa ayuda de nuevos intercesores, como el modelo del bienaventurado fray Pedro de Alcántara» (p. 163).

Siguen ahora las votaciones también elogiosas de ocho cardenales diáconos:

El cardenal diácono Moidalchino, don Francisco, del título de Sta. María in Via-lata, llama al beato Pedro «crácuto de veracísima sabiduría para discernir la virtud de los humanos, y con el mayor derecho debe recibir el culto de los santos. Callando los milagros, sus obras son tan egregias y exceden tanto las fuerzas naturales son raíz de perfectísima santidad» (p. 164).

El cardenal diácono Nasse, don Friderico, del título de S. Nicolás in Cárcera, expone al Santo Padre que «las virtudes y milagros del beato Pedro de Alcántara fueron argumento evidente de santidad. Su profunda humildad, excelsa caridad, perpetua elevación de su mente a Dios, y la admirable más que imitable austeridad de vida. Sus prodigios dando vista a los cielos, oído a los sordos, agilidad a los cojos, le hacen merecedor de figurar en el catálogo de los santos» (p. 165).

El cardenal diácono Barberino, don Carlos, del título de S. Cesáreo, afirman que «el beato Pedro es un regalo del cielo a la Iglesia para manifestarla los secretos del cielo, no por influjo de la carne ni la sangre, sino por revelación del Espíritu de Verdad. El beato Pedro, magnífico en santidad, hizo siempre obras tan admirables que le merecieron figurar entre los santos más eminentes. Organizó 300 cenobios con estrecha disciplina y emuló al patriarca S. Francisco. Sta. Teresa es testigo de sus maravillosos conocimientos celestiales. Sin puentes, ni barcas pasó los ríos sin mojarse los pies. Su recuerdo está ya en la memoria de los pueblos (pp. 165-66).

El cardenal diácono Azzolino, don Decio, del título de S. Eustaquio, afirma que Dios nos habló por medio del beato Pedro de Alcántara. Con entusiasmo declara: «Los paganos están invadiendo la heredad del Señor, y los extranjeros la están desolando como fieros enemigos. ¿Qué remedio mejor que ponerla bajo la tutela de quien aplacó la ira de edios? El bendito Pedro de Alcántara, cuya vida fue prodigio de virtudes y su muerte el triunfo del amor, ceñido del poder, arco, escudo y espada para aniquilar todos nuestros enemigos, es el santo por quien Dios nos habla hoy» (pp. 166-67).

«Si el papa Inocencio III vio la basílica lateranense sostenida sobre los hombros de S. Francisco, el beato Pedro de Alcántara es el nuevo atleta de la república cristiana» (p. 167).

El cardenal diácono Celso, don Ángel, del título de Santo Ángel in Foro, llama al beato fray Pedro «virgen y mártir» porque «en sacrificio martirial duro y diario hizo de su cuerpo verdadera hostia inmolada. Humilde y pobre, pero rico en virtudes y méritos, prodigios y santidas, merece ser propuesto para que todos lo imitemos» (p. 168).

El cardenal diácono Sabello, don Pablo, del título de S. Jorge, afirma que «Dios coronó al beato fray Pedro con una diadema de brillantes, y por esto merece que sea coronado con la aureola de la santidad para que quien fue humillado en tierra sea enaltecido en el cielo. El que fue maravilloso retrato de S. Francisco, merece idéntica gloria en el cielo con el culto y veneración en la tierra» (p. 168).

El cardenal diácono Chisio, don Segismundo, del título de Sta. María in Dominica, último de los cardenales diáconos asistentes y votantes en el Consistorio *semi-plano* de la Canonización de S. Pedro de Alcántara, leyó: «Si el Reino de los cielos sufre violencia, y sólo lo alcanzan los valientes y esforzados, es fácil creer que el beato Pedro de Alcántara ya lo ha conseguido, y lo goza felizmente. Porque en la Iglesia, puesta en orden de batalla, vivió y halló los caminos más duros, pisó los placeres con fuerte violencia, por la asidua oración y meditación, alcanzó los deleites celestiales, para ganar a Cristo y salvar la religión» (p. 169).

Después de los ocho cardenales diáconos precedentes, emitieron su voto los tres patriarcas orientales, por el orden siguiente: Constantinopla, Antioquía y Jerusalén:

Don Esteban Ugolino, patriarca de Constantinopla, asistente: «Este prodigio de mortificación religiosa, el beato Pedro de Alcántara, tanto ára

su imitación como ára impetrar su intercesión, juzgo que debe estar en los altares, porque según atestigua Sta. Teresa ella alcanzó todo cuanto le pidió» (pp. 169-70).

Don Jacobo Altovito, patriarca de Antioquía, asistente: «El beato Pedro de Alcántara, varón admirable de santidad, que siguió a Cristo por la más ardua austeridad y ardiendo en vehemente amor, estimo que debe colocarse entre los santos» (p. 170).

Don Camilo Máximo, patriarca de Jerusalén, asistente: «Cuanto más nos alejamos de las raíces, más nos hundimos en el mal. Y la Iglesia no está inmune de este peligro; fundada y regada con la sangre de Cristo y la predicación apostólica, también se aleja de las divinas raíces. La Orden Franciscana necesitó al beato Pedro de Alcántara para devolverle su pristina pureza» (pp. 170-71).

Los diez arzobispos siguientes únicamente tienen en título de «asistentes», por ser los que pueden asistir al Solio Pontificio en los actos y ceremonias papales. Actualmente se está convirtiendo en un título honorífico que no realiza lo que significa:

Don Egidio Caolumna, arzobispo amasiense, asistente: «El beato Pedro de Alcántara tiene un puesto tan alto que, por su vida admirable, no sólo para la familia franciscana, sino para que la Iglesia universal, es un espejo de altísima santidad» (p. 171).

Don Francisco Caetano, arzobispo rodiense, asistente: «El beato Pedro de Alcántara, probado durante cuarenta y siete años por Dios con agua y fuego, profeta, taumaturgo, doctor en consejos, anacoreta austero, patriarca reformador, merece la suprema sentencia sobre su santidad en vida y después de la muerte» (p. 171-72).

Don Francisco Nerlio, arzobispo de Florencia, asistente: «Tuvo el beato Pedro de Alcántara su carne tan sujeta al espíritu con la maceración de su cuerpo y la crueldad martirial. Y cuando no pudo beber de un sorbo el cáliz lleno, lo probaba con frecuencia deseoso del placer del dolor y sacrificio» (p. 172).

Don F. Tomás de Sarria, arzobispo terentino, asistente: «En la vida del beato Pedro de Alcántara, nada existe que no inspire y exhale santidad. El rigor de su austeridad, el deseo de resucitar en la familia franciscana la pobreza, la heroica paciencia en aceptar ofensas, la gran humildad..., claman figurar en el catálogo de los Santos» (p. 173).

Don Esteban Brancario, arzobispo de Adrianópolis, asistente: «El verdadero atleta de Cristo consumó el curso y la lucha. Desnudo de cosas, vestido de pobreza, no tuvo otro placer que el ayuno, la penitencia y el sacrificio. Le brotaron alas para volar y unirse al amor divino. Sus ojos modestísimos, no miraron ni aspiraron a otra meta que la corona del cielo, prometida por el Apóstol» (pp. 173-74).

Don Jacobo de los Ángeles, arzobispo urbino, asistente: «El beato Pedro de Alcántara preclaro ejemplar de virtudes brilló con más lustre en las teologales, superó al Príncipe de los Apóstoles, porque pasó seis veces derecho, impávido, con la seguridad de la fe, como por camino seco, las impetuosas corrientes de los ríos. Robustecido por la firme esperanza subió al monte llamado como Moisés, siempre con sus pies descalzos. Ardiendo en el amor de Dios cuya presencia descubría en todas partes, lo adoraba con la cabeza siempre descubierta. Si de tanta gloria goza en el cielo, justo es que en la tierra reciba la veneración correspondiente» (p. 174).

Don Federico Ubaldo, arzobispo de Cesarea, asistente: «El beato Pedro de Alcántara, desde su cuna hasta el sepulcro caminó según los preceptos divinos. Con candor de vida, inaudita austeridad, por quien Dios realizó maravillas. Por lo que merece inscribirse en el album de los Santos, para que la Iglesia cante sus alabanzas» (p. 175).

Don Francisco María Febo, arzobispo de Tarso, asistente: «El bienaventurado Pedro de Alcántara, con su rígido modo de vivir y afligir su cuerpo, nos indica que también nosotros podemos alejar las tentaciones de nuestros enemigos con la mortificación cristiana» (p. 175).

Don Carlos de Vehiis, arzobispo de Atenas, asistente: «El bienaventurado Pedro de Alcántara celador y custodio de la institución regular con intención pura y radical, con firmeza heroica y con pluma y orientación de oro» (p. 176).

Don Bernardino Roci, arzobispo de Damasco, asistente: «El bienaventurado Pedro de Alcántara, nació para correr hacia el cielo, renunció a todo, abrazó la religión, con odio al mal y amor a Dios, con celo predicó y ejerció el divino ministerio, vivió en altísima contemplación, así llegó a ser un gran gigante de la santidad» (pp. 176-77).

Más aquí los diez asistentes con carácter arzobispal. Siguen otros seis asistentes que sólo tienen el carácter de obispos:

Fray José de La Corgna, obispo urbetano, asistente: «Mientras vivió en la tierra fray Pedro fue un milagro. Como M.<sup>a</sup> Magdalena eligió la parte mejor y en grado heroico, porque de día y de noche vigilante estaba a los pies del Señor escuchando sus divinas palabras. Fue el siervo vigilante hasta pasar de los sesenta años que voló al goce pleno y celestial» (p. 177).

Don Pablo Emilio Alterio, antiguo obispo camerinense, asistente, afirma que «el beato Pedro de Alcántara fue la piedra que reprobó los ineptos del mundo» (p. 178).

Don Gregorio Bologuetto, antiguo obispo reatino, asistente: «El beato Pedro de Alcántara brilló por la prestancia de sus virtudes heroicas y las glorias de sus milagros, gastó su vida en la salvación de las almas y reformó 300 cenobios, sembrando la llama de la caridad y alcanzó eximia santidad» (p. 178).

Don Lorenzo Gavotto, antiguo obispo de Vintimilia, asistente: «El beato Pedro de Alcántara, todavía en vida, hablaba con los seres celestiales, los veía, y comenzó a probar la beatitud de los Santos» (p. 179).

Don José María Suárez, antiguo obispo vasionense, asistente: «No parece diferir la proclamación de la santidad del beato Pedro de Alcántara cuya santidad tantos beneficios ha traído a la naturaleza. Sus obras tienen un precio tan excelente como sus privilegios» (p. 180).

Don Gaudiencia Polo, obispo amerino, asistente: «El beato Pedro de Alcántara es un elegido de Dios para, con todo ejemplo de virtudes, guiar a los hombres por el camino de la paz eterna» (p. 180).

Concluyen con el anterior los que tenían el título de *asistentes*. Siguen ahora dos arzobispos:

Don Fr. Buenaventura Teulo, arzobispo Mirense: «El beato Pedro de Alcántara, imitador de las heroicas virtudes de su Padre (S. Francisco), de la pequeña grey de los Menores, llevó a lejanas regiones, no con armas de guerra, sino del espíritu, la oración y el decoro de las virtudes hasta los monasterios de México y las Indias, sembrando el tesoro de la santidad» (p. 181).

Don Matheo de Enero, arzobispo regino: «En el beato Pedro de Alcántara Dios se dignó obrar preclaras virtudes y maravillas: santidad eximia, fervorosa adolescencia, todas las virtudes con la ardiente caridad.

Y todo lo sembró en 300 cenobios, en los que de día y de noche suban alabanzas al cielo» (p. 182).

Es de notar que a estos dos arzobispos, sigue un metropolitano que emitió su voto en lengua griega. Se llamó don Onofre Constantino, y fue el segundo exarca de Macedonia. Mas como el griego no era el idioma oficial de la Iglesia latina, sus palabras se vertieron al latín para inteligencia de todo Occidente:

Don Onofre Constantino, metropolitano *debrarum* y exarca de la segunda Macedonia: «Digno es de ser glorificado y coronado el beato Pedro de Alcántara cuya vida fue de ángeles, digno y probo imitador de Ntr. Sr. Jesucristo, insuperable asceta, ángel en la carne, taumaturgo en su palabra y obras, caminante sobre las olas de los ríos» (pp. 183-84).

Don José Ciantes, antiguo obispo marsiense: «El beato Pedro de Alcántara fue siempre diligente explorador de la verdad pura y auténtica, enemigo de las ambigüedades para caminar siempre por la senda de las virtudes» (p. 184).

Don Vicente Vicentino, obispo hieracense: «Tiempo del Cordero Pascual y hablamos de los honores del beato Pedro de Alcántara quien se inmolvaba diariamente a Dios como víctima con ayunos, vigiliyas, cadenas desgarradoras, mientras se azotaba con ásperos flagelos en sacrificio cruento. En la oración se encendía con fuego celeste hasta consumirse en el amor a Dios y a las almas» (p. 185).

Don Vicente Candiotto, obispo balneoregiense: «El beato Pedro de Alcántara: Pedro fue piedra fundamental de la reforma franciscana... Pedro paseando sobre las recias olas de los ríos extremeños... Pedro en las alas del viento subiendo al cielo... ¿No merece que nos encomiende entre los celestiales?» (p. 186).

Don Felipe Jacob, obispo de Policastro: «El beato Pedro de Alcántara es símbolo de dos amores: a Dios y al prójimo. Son fundamento de la santidad alcantarina: desprecio de honores, como el rechazo de convivir junto a Carlos V, siempre Augusto. El amor al prójimo brilló con una entrega total, se hizo todo para todos, como S. Pablo, ocupándose en los trabajos más viles, dentro y fuera de los conventos» (p. 186).

Don Marcelo Filonardo, obispo de Aquinas: «De los éxitos de los romanos, sólo quedan ruinas y arcos triunfales. Los triunfos del beato

Pedro de Alcántara no son muertos, ni cautivos, ni botines de guerra, ni huellas de sangre, sino la victoria contra el demonio, el mundo y la carne. Y tienen hoy fecunda pervivencia. Porque las noblezas humanas, la comodidad, los halagos mundos, fueron estiércol para él. Se hizo franciscano para renovar la regla y ser él mismo regla de costumbres y disciplina. Y los torrentes de aguas turbias no han logrado borrarlas, como tampoco sus huellas y caminos. Viviendo en las tierras alcanzó la región de los ángeles, y cuanto más alto subía por más humilde se tenía. Su vida fue un milagro constante. Perseverando en la oración día y noche se convirtió en gran Oráculo y Maestro de las cosas divinas. Únicamente se glorió en la cruz desnuda de Cristo» (pp. 187-88).

Don Guarnerio de Guarneriis, obispo de Signi: «El beato Pedro de Alcántara es imagen de todas las virtudes. Brillan la piedad, la religión, la inocencia, la honestidad, la ciencia infusa, la prudencia, la temperancia, la fortaleza, la austeridad, la pobreza, la liberalidad para con los pobres. Su cuerpo y su sepulcro son fuente de milagros» (p. 189).

Don José Palmero, obispo conversano: «El beato Pedro de Alcántara fundamentó la grandeza de su santidad en dos amores, a Dios y al prójimo. Su celo llegó a los fines del Orbe. Amado por Dios y los hombres, es digno del fulgor y gloria de los santos...» (p. 189).

Don Juan Carlos Valentino, obispo de la ciudad ducal: «El beato Pedro de Alcántara superó dos abismos: el de la pobreza y el de la humildad, por los que se ganó el reino del Cielo» (p. 190).

Don Camilo Piazza, obispo dragonense: «El beato Pedro de Alcántara corrió la estrecha vida de los mandamientos divinos ilustrado por el oráculo divino y aumentada por el Santo Espíritu» (p. 190).

Don Juan Lorenzo Castilione, obispo anagnina: «El beato Pedro de Alcántara tuvo al mundo crucificado para sí y él vivió crucificado para el mundo. Su martirio, penitencia, duró hasta su muerte. Testigo la Santa Madre Teresa» (p. 191).

Don Sebastián Surrentino, obispo de Troya: «El beato Pedro de Alcántara luchó y triunfó de los crueles enemigos en el mundo y se le abrieron las puertas del cielo. Roma que ciñó corona a los clásicos triunfadores ahora la ciñe a los Santos» (p. 191).

Don Francisco Pallejo, obispo de Heliopolis: «El beato Pedro de Alcántara recorrió felizmente el camino de la gloria empujado por las heriocas virtudes y ganó el cielo que sufre violencia y con los milagros que en vida y en muerte Dios lo enriqueció» (p. 192).

Don Francisco Cino, obispo de Macerata y Tolentino: «El beato Pedro de Alcántara, insigne atleta de Cristo, ardiendo en fuego de amor, fue Maestro de muchos y enemigo de sí mismo, comiendo ceniza como pan, y bebiendo lágrima como agua; ceñido de cadenas mezclaba la sangre con las lágrimas. Hoy descansa en el templo de la paz» (p. 193).

Don Juan Bautista Spínola, obispo lunense sarzanense: «El beato Pedro lleno de Dios y admirable en sus caminos, más humilde que la abnegación y más sublime que la contemplación, ascendiendo de virtud en virtud, brilló tanto que sus manos parecía que destilaban mirra» (p. 193).

Don Julio Caraciolo, obispo melfiense y repollense: «El beato Pedro de Alcántara pasó por la tierra emulando a los ángeles, crucificó su cuerpo con admirable penitencia, y parecía no vivir de día sino morir lentamente» (p. 194).

Don Manuel Brancacio, obispo de Ariano: «El beato Pedro de Alcántara, como Moisés, no con la vara, sino con sus oraciones, hizo brotar de la roca las aguas de la visión celestial y milagros» (p. 194).

Don Francisco Ravizza, obispo sydonense: «El beato Pedro de Alcántara es considerado como un rayo de gracia divina y un S. Francisco redivivo. Brilla su humildad, despreciador del mundo, con sus riñas y contumelias. Restituyó la pristinidad franciscana» (p. 195).

Fray Pedro Lamfranconio, obispo Interamense: «El beato Pedro de Alcántara merece los honores de la Jerusalén Santa, por la renovación de la observancia franciscana y por ser divino oráculo de la Sabiduría Encarnada. Enseñó y realizó los que Cristo exigió para el reino de los cielos. Y será llamado grande en la gloria» (p. 195).

Don Hércules Domingo Monanno, obispo de Tarracina: «El beato Pedro de Alcántara por tantas y tan egregias demostraciones de virtudes con prodigios y signos de santidad, podemos afirmar que 'Dios lo llevó por caminos rectos y le abrió el reino del cielo'» (p. 196).

Don Cusyodio de Pign, obispo de Hierápolis: «El beato Pedro de Alcántara, instaurador admirable de la rigidísima penitencia, por sus

muchas y eximias virtudes y su oración y predicación, imitó a los Apóstoles y al Maestro Jesucristo» (p. 196).

Don Onofre Hipólito, obispo Porfiriense: «En el beato Pedro de Alcántara resucitaron los Taumaturgos en España. 'Flumina fecit vias planas, Spiritus Domini ferebatur super aquas'. Los ríos se tornaron caminos planos y el Espíritu del Señor iba sobre las aguas. Hizo florecer el palo seco. Hizo brotar fuentes de las arenas secas» (p. 197).

Don Marco Antonio Vicentino, obispo Fulginatense: «El beato Pedro de Alcántara para inflamarnos en el fuego del amor divino y hacer frutos dignos de penitencia, renovó en su cuerpo las asperezas admirables que lograron tanta frescura de pureza que parecían imposibles. Lo retorcido fue enderezado y lo áspero se tornó suave» (p. 198).

Don Fr. Fulgencio Armino Monforte de Avelino, obispo de Nuscano: «El que me glorificare a mí, yo le glorificaré a él. 'Es oráculo de la Verdad eterna'. El beato Pedro de Alcántara rechazó tanto la gloria humana que se quemó por ensalzar la gloria de Dios. Muchos siguieron a Cristo pegados a la tierra, este siempre despegado y mirando al cielo» (p. 199).

TEODORO FERNÁNDEZ SÁNCHEZ  
Canónigo archivero jubilado (Cáceres)